

## Revueltas en el serrallo

Lisette Balabarca Fataccioli

**AUTHOR'S BIOGRAPHICAL NOTE:** Lisette Balabarca Fataccioli es profesora asociada de español en Siena College. Tiene un doctorado en literaturas hispánicas por Boston University y un Bachiller en Literatura por la Universidad Católica del Perú. Sus cuentos han aparecido en las antologías *Del sur al norte: Narrativa y poesía de autores andinos* (Chicago, 2017) y *Circo de pulgas. Antología de la minificción peruana* (Lima, 2012). Sus intereses académicos incluyen los estudios moriscos y aljamiados y la producción cultural de los últimos musulmanes españoles refugiados en el Norte de África en el siglo XVII. Ha publicado artículos sobre su área de investigación en revistas académicas como *Romance Notes* y *eHumanistas/Conversos*. Vive actualmente en Albany, Nueva York.

Cobijamos el miedo,  
como si fuese un exiliado,  
un herido de guerra.  
Sorprenderse después de que domine todo.  
Teresa Soto, *Nudos*.

Nos dijeron que debíamos quedarnos quietas y sonreír, siempre sonreír, porque de esa manera seguro que salíamos pronto; así que desde que nos pusieron no hacemos otra cosa que sonreír y estar quietitas para que un día alguien por fin nos lleve.

Las dueñas de la fábrica saben muy bien lo que hacen, no por nada tienen harta experiencia en el asunto y muchas otras han pasado por sus manos. A fin de cuentas, en la vitrina solo tenemos dos opciones: llegar a ser pedidas o quedarnos de olvidadas. Si la mala suerte nos toca de que nadie nos escoja, estamos condenadas a seguir detrás del escaparate, llenándonos de polvo y con los vestidos pasándonos de moda hasta el día en que nos depositan en la caja de las olvidadas; en cambio, si alguien nos elige, se nos abre el camino seguro a la felicidad: salir de aquí y cumplir con orgullo las obligaciones para las cuales hemos sido creadas.

Por supuesto nadie quiere ser una olvidada y por esa razón nos esmeramos mucho en hacernos notar, andar bien vestidas, caminar estiradas y consumir sólo lo permitido para evitar anchar los contornos. En la vitrina cuanto más fina eres, más demanda tienes y aunque la figura no es el único requisito para ser pedida, es de los más importantes; por ello, es preciso seguir un régimen donde evitar consumir alimentos prohibidos es la primera regla. Luego le sigue lo de los ejercicios diarios y lo de la enorme fuerza de voluntad que hay que tener para aguantarse las ganas de tirar todo por la borda y embutirse una cantidad infinita de manjares vedados, anchar los contornos a discreción y permitirnos esos sentimientos inmediatos de satisfacción (aunque también, hay que decirlo, de posterior arrepentimiento). Si todo este empeño por lograr la medida oficial no da resultado, entonces se vuelve a moldear el plástico del que estamos hechas, procedimiento doloroso en

verdad, pero mil veces preferible a tener que conformarse con unas siluetas poco atractivas o, peor aún, con salir del escaparate nada más que de camino a la cajita de las olvidadas.

Otras condiciones que también ayudan a salir rápidamente de aquí son el mantener una peluca (de preferencia rubia, mas no siempre) larga, lisa y bien cuidada, un cutis terso y sin imperfecciones y, muy especialmente, el encontrarse lo suficientemente alejada del tiempo de expiración como para ser capaz de producir a otras de nuestra especie antes de que se active el botón de bloqueo y se nos empiecen a notar los temibles signos de decadencia.

Si bien no es imposible lograrlo, es cierto que a algunas les toma más el ser pedidas, mientras que otras, por el contrario, tienen mucha suerte y son escogidas a poco de haber sido terminadas. Cuando esto sucede, toda la vitrina se prepara para la celebración del Gran Día, fecha en la que se suspenden por unas cuantas horas las reglas, se nos permite dejar el escaparate, se nos dan a probar los alimentos prohibidos y se nos hacen vestidos y peinados espectaculares. A decir verdad, la del Gran Día es una ceremonia tan hermosa y conmovedora que, si no fuera porque traemos los ojos de vidrio, terminaríamos todas ahogadas en un charco de lágrimas de emoción. Cada vez que vemos desfilar a alguna por la pasarela de salida se producen ligeros cosquilleos en nuestros diminutos estómagos de baquelita, un efecto comprensible dada la ansiedad que nos genera pensar en la dicha que nos aguarda y, al mismo tiempo, en la terrible posibilidad de nunca ser llevadas.

En la vitrina todas somos compañeras y en general existe un clima de armonía y tranquilidad; no obstante, nunca falta el grupito de alborotadas a las que les gusta poner todo de cabeza. A éstas las llamamos las Renegadas y son unas cuantas súper desobedientes a las que les da por rebelarse contra lo que ellas arguyen es un sistema que nos oprime. Las Renegadas se la pasan protestando todo el tiempo y son conocidas por cometer desacato tras desacato: le dan la espalda a todo aquel que viene a visitarnos, les cortan el pelo a sus pelucas, o simplemente se las sacan y las echan a la basura, andan en trajes que desentonan por completo y se meten a la

boca alimentos extremadamente prohibidos cada vez que pueden solo para anchar sus contornos y contradecir así los preceptos del escaparate. Son un dolor de cabeza y una vergüenza tremenda para nuestra comunidad pues hacen llorar a las dueñas y se comportan de manera indebida sin importarles ni el ser pedidas, ni el Gran Día, ni los vestidos hermosos, ni mucho menos salir de aquí para cumplir con las responsabilidades que nos tocan para conseguir la tan anhelada felicidad. En el colmo de su indisciplina, ayer organizaron una revuelta y no han parado desde entonces de protestar a viva voz y de reclamar a las dueñas su derecho a hacerse de la llave que abre la puerta de la vitrina para conocer el mundo más allá de estos cristales, sin tener que depender obligatoriamente de que el Gran Día les llegue.

Las cosas que proponen son harto extrañas pues se oponen a todo para lo que hemos sido fabricadas y, aunque no sabemos cuánto tiempo durará esta revuelta, conociendo lo tercas que son, probablemente no sea poco. Piden tantas cosas que no entendemos de dónde sacan tiempo y energía para pensarlas cuando se supone que debemos dedicar la totalidad de nuestros días a mantenernos presentables, cuidar de nuestra apariencia y modales y posar para los adquirientes.

Son en total siete las demandas que las Renegadas exigen de las dueñas de la fábrica:

Uno. Libertad para dejar el escaparate.

Dos. Autonomía para decidir si queremos que nos lleven o no.

Tres. Privilegio para hacer uso de nuestros contornos y nuestras piezas como nos plazca.

Cuatro. Destrucción inmediata de la caja de las olvidadas.

Cinco. Eliminación del término y de la condición de olvidada.

Seis. Uso de prendas según nuestra comodidad y no lo que determinen las dueñas.

Y, finalmente,

Siete. Acceso a la llave que abre la puerta de la vitrina.

Las ideas descabelladas de las Renegadas no deberían tener mayor efecto en nuestra apacible estancia dentro del escaparate si no fuera por el hecho de que el grupo de revoltosas ha ido en aumento, con el transcurso de los días, más de una se les ha ido uniendo sigilosamente y las dueñas se encuentran preocupadas; sin embargo, como todavía somos mayoría las que no vemos razón para desafiar las normas, se sienten confiadas de solucionar el impase muy pronto, de convencer a las revoltosas de dejar atrás el asunto ese de rebelarse y de persuadirlas a seguir obedeciendo las reglas que nos han sido dadas desde el inicio de los tiempos.

\* \* \*

Han pasado dos semanas desde que comenzaron las protestas y las dueñas no se ven tan optimistas como al principio; lo notamos en sus ademanes enérgicos, en sus miradas inquietas y en sus frentes contraídas. Hoy han decidido tomar cartas en el asunto de una manera más efectiva.

De pie sobre los taburetes que se acomodan a lo largo de nuestra casa de vidrio, suspiramos aliviadas al imaginar que este incómodo trance llegará pronto a su fin: seguramente las Renegadas recibirán una dura reprimenda, se les prohibirá exhibirse durante un tiempo y volverán rehabilitadas al escaparate sin ninguna idea tonta saliendo de sus bocas; seguramente la vidriera será de nuevo el lugar pacífico y seguro de toda la vida.

Las dueñas se encierran en la oficina que está situada frente al escaparate, la que usan normalmente para discutir los preparativos del Gran Día y en la que ahora están decidiendo una solución a la situación de las Renegadas. A través de las persianas a medio cerrar, podemos verlas lo suficiente como para reconocer que están disgustadas pues caminan ansiosamente de un lado a otro de la habitación, se tocan la frente, mueven la cabeza de forma brusca y hablan todas a la vez. De pronto, una de ellas, la más vieja, se detiene y, como iluminada por una idea extraordinaria, esboza una enorme sonrisa y expresa algo incomprensible (incomprensible para nosotras porque es difícil escuchar desde detrás de las vidrieras y porque no lo dice en voz alta sino moviendo los labios como si no pudiera, o no quisiera, emitir sonidos). El resto de dueñas sonrío también, aplaude y asienten todas dándose la mano.

Unos minutos más tarde, dejan la oficina, se dirigen en fila hacia la vitrina y una de ellas, la encargada de la llave, abre bruscamente la puerta y saca, una por una, a las Renegadas, a quienes va colocando en una bandeja cubierta por un terciopelo negro. Una vez terminada la selección, cierra la puerta, se da la vuelta y regresa, junto con las demás dueñas que la siguen, a la oficina. Por su parte, nuestras revoltosas compañeras no han dejado de protestar, hablar en voz alta y moverse en todo este tiempo, pero es inútil; echadas una sobre otra en la pequeña bandeja de terciopelo, cualquier intento por escapar o liberarse es imposible.

Observamos, pues, curiosas, las acciones de las dueñas, quienes ahora han dejado la puerta abierta del despacho; y por alguna razón que no sabemos explicar, el aire se percibe distinto, menos placentero tal vez, y unas punzadas incómodas recorren nuestros delicados cuerpos.

Las Renegadas son acostadas sobre una mesa de madera donde se procede a desnudarlas primero y a ponerlas una al lado de la otra después. Las oímos gritar y vemos a las dueñas gesticular mucho, pronunciar palabras ininteligibles, sacudir las manos de manera asparentosa y sujetarlas con fuerza. Una vez colocadas en hilera, toman las delgadas y alargadas piernas de las Renegadas y las van desencajando de la trabazón que las une a sus troncos, mientras aquéllas dejan advertir gestos de dolor a través de los ceños fruncidos y los ojos virados hacia atrás. Cuando terminan de desunir las piernas, las que han ido metiendo en una bolsa de plástico negro, realizan el mismo ritual con los brazos y finalmente con las cabezas. Somos testigos de cómo las desarticulan y las ubican, junto con los troncos inermes y el resto de miembros, dentro de aquella bolsa y, cuando aún no podemos ni imaginar lo que harán con lo que queda de nuestras ex-compañeras de escaparate, un silencio inusual se

apodera del lugar mientras unas extrañas gotas saladas empiezan a correr por nuestras manos y frentes.

Las dueñas llevan la bolsa hacia la cabina de montaje, que es el lugar de dónde venimos y, aunque nos es imposible ahora verlas con claridad, nos llega desde ahí un olor penetrante que permanece en el ambiente un par de horas después, pero que, por más que lo intentamos no logramos identificar. De pronto, de un golpe se nos viene a la mente el perfume del nylon de nuestras pelucas chamuscadas cuando nos acercamos demasiado a las velas con que se adorna el escaparate para la ceremonia del Gran Día y es ahí cuando reconocemos también, de entre ese tufillo a quemado, el aroma del plástico que forma nuestros cuerpos. Entonces nos miramos y, simultáneamente, una misma revelación se descubre ante nosotras.

Cuando las dueñas vuelven, ordenan (con voz más dulce que de costumbre) que nos acomodemos muy bien en la vitrina porque pronto empezará el horario de visitas y cuando, con timidez, preguntamos por las Renegadas, nos aseguran que todo está solucionado; que, como era de esperarse, estarán en penitencia por un tiempo antes de ser expuestas y que es posible que cuando ellas estén de regreso nosotras ya hayamos dejado el escaparate. Con un guiño de ojos y una amplia sonrisa, nos recalcan que este incidente, tan desagradable y tan peligroso para la seguridad y el confort de nuestra vitrina, no deberá repetirse nunca más y nos vuelven a recordar que, para salir rápido de este lugar, es necesario obedecer los preceptos, estar quietas y sonreír. Así que desde ese día no hago otra cosa que sonreír, siempre sonreír y estar quietita porque, por primera vez en mi corta vida de muñeca, tengo miedo.